

NARRATIVA BREVE

A photograph of a red and white train car, likely a subway or tram, with large windows reflecting a city street scene. The train is the central focus, with its red lower half and white upper half. The windows show a reflection of a city street with buildings and a streetcar. The overall tone is warm, suggesting a sunset or sunrise.

PASAJEROS

LUIS TAMARGO

LUIS TAMARGO

PASAJEROS

SANTANDER

2006

© Luis Tamargo Alonso

luistamargo@saludalia.com

Santander, 2006.

Depósito legal: CN-104-04.

Índice

Prólogo

PASAJEROS

Pasajeros

El cazador de cuentos

El Premio

Un puente cruza...

Las gasta más duras

Un poco de mala suerte

Algo habrá hecho

En cierto sentido

Silencio en la jungla

Oscuro despertar

Callejón perdido

Una cosa anodina

PRÓLOGO

Al movernos por el paisaje de las creaciones artísticas, siempre luchan entre sí la magnificencia de lo grandioso frente al intimismo del sentimiento. Ambos son compatibles, complementarios y necesarios. Según los momentos podemos preferir escuchar una sinfonía de Beethoven más que una sonata de Mozart, podemos contemplar con más deleite una Anunciación de Fra Angélico que un óleo de Rubens, o encontrar más placer sintiendo en nuestras manos una porcelana china que acariciando un mármol del Partenón. Por razones similares, deambular por las recoletas calles de una pequeña aldea puede producirnos más satisfacción que el esplendor de un paseo por los Campos Elíseos.

La grandeza de las catedrales góticas nos asombra y nos maravilla, pero nuestra devoción no se mueve por sus dimensiones. El intimismo religioso encuentra mejor acogida en una humilde iglesia mozárabe, en una pequeña capilla. De la misma manera que el barroco sonido de un órgano que hace vibrar una fuga de Juan Sebastián Bach, no tiene porqué ser superior al chisporroteo de una vela bajo un pequeño icono bizantino. La belleza de las cosas no depende de su tamaño, sino del sentimiento que genera en quienes las contemplan.

Existen creadores que deslumbran por su exuberancia, por la genialidad de su lenguaje. Los versos de Calderón no pueden compararse con la sencillez de Gutiérrez de Cetina, ni Corneille con Verlaine, ni Shakespeare con Oscar Wilde o Goethe con Rilke. Junto a los autores que nos sobrecogen, abrumados por su grandeza en un síndrome de Stendhal que nos inmoviliza. Pero también existen los maestros del intimismo, aquellos que hilvanan experiencias personales y las transfieren de tal forma que al acabar su lectura, te inunda una sensación de bienestar o inquietud que te unen fuertemente al autor.

De igual forma, existen músicos que embargan el ánimo en la grandeza sonora de hermosas composiciones orquestadas y otros que sólo precisan de las delicadas notas de un piano, o el intimismo de un grupo de cámara para transmitir el inmenso lirismo de su obra. No se requiere un gran coro para transmitir la belleza de un canto, a veces son más sugerentes unas voces “ a capella”. ¿Quién nos llega mejor al corazón, “Carmina Burana” de Orff o el “Ave María ” de Schubert?

Luis Tamargo describe con sencillez un mundo de pequeños cuadros en prosa, donde el lirismo se confunde con la descripción naturalista, con la sugerencia de un lenguaje evocador, con la vivencia personal que trasmite en muchos de sus relatos . La obra de Luis Tamargo posee matices de “literatura pictórica”, donde las sombras, los matices, los claroscuros de sus narraciones nos recuerdan las brumas marítimas de Turner. Su mundo de ensueños nos aproxima, en ocasiones, al sorprendente René Margritte, sin que distingamos bien si la luz o la noche dominan el cuadro. Pero donde sentiremos más próximo el hálito de Tamargo será con la obra de un pintor americano, Edward Hopper, auténtico genio de la nostalgia, la sencillez y la soledad. Cuando se contemplan sus escenas urbanas o el intimismo de sus habitaciones, nos invade una atmósfera de sencillez y auténtica realidad envuelta en poesía.

En esa mezcla de Margritte, de Hopper, de Fra Angelico, de Rilke, de Chopin, de los anónimos canteros mozárabes, de la sencillez de una fila de chopos a la vera de un riachuelo, se mueve Luis Tamargo.

Pleno de metáforas originalísimas, -“ojos inertes de madera vieja”-, con descripciones oníricas donde la imaginación y el ensueño se confunden en dentro de una inquietante niebla poética -“tenue sombra en un laberinto de misterios presentidos”-, de desconcertantes sueños con evocaciones kafkianas -“Algo habrá hecho”, “Callejón perdido”-, de inquietantes vivencias kafkianas -“Vecinos lejanos”- o de íntimos deseos -“Siempre amigos”- la prosa de Luis Tamargo se desliza suave para sugerir múltiples sensaciones al lector. En ellas la descripción de un mundo de vivencias íntimas, de velados temores, se entrecruza con la realidad vivida, con el ensueño anhelado, y la amargura de las experiencias personales se sublima en la poesía de los sentimientos sencillos.

Así escribe Luis Tamargo. A muchos nos gustaría sentir como él.

JAVIER DOMENECH

PASAJEROS

“Un cuento nunca mengua al ser contado”.

(Proverbio escocés)

El pitido del tren se ahogó en la llanura. No fue hasta pasar el túnel cuando se dio cuenta de la llamada perdida que parpadeaba en su aparato móvil, por eso no lo oyó antes. Salió del compartimento para hablar con más confianza.

–Bien, Jorge, bueno... Atendedle hasta el final, ha de morir de viejo, nada de disparos, ¿entendiste? Bueno, me mantendrás informado, ¿eh? ...Sí, sí, llegaré para el fin de semana, ¿vale? Vale.

Los granjeros de hoy en día si quieren subsistir deben competir con las nuevas armas que marcan la pauta, las labores del rancho tienen que apoyarse en una gestión acorde al mercado actual. Su viaje de negocios posibilitaría que los esfuerzos dedicados a su ganado y a los sembrados no fueran al traste y siguieran progresando. Para él habían quedado atrás las meras tareas agrícolas, si bien necesarias, aunque añoraba los viejos tiempos en que el patrón había de saber no sólo realizarlas, sino supervisarlas, compartiendo el sudor con sus asalariados. A su padre se lo escuchó en incontables ocasiones, mientras empacaba la hierba o reunía el ganado en el abrevadero, pero a él le habían tocado otros modos de trabajar el rancho heredado del abuelo. En el campo, tradición y modernidad disputaban una curiosa convivencia donde resultaba difícil establecer los márgenes... Y ahí estaba él, de viaje hacia la gran ciudad para hacer posible la vida en el rancho. Le tenía preocupado desde hacía varias semanas la enfermedad del caballo del abuelo, ya muy viejo; ahora agonizaba. La llamada del capataz le ponía al día sobre su estado. En vida le había escuchado las batallas y aventuras que corcel y jinete atravesaron en leal compañía, su abuelo lo contaba con afecto y dejaba escapar un cierto tono agradecido al recordar lo que nunca podría volver a repetir. Poco antes de morir, el abuelo le pidió aquel particular deseo que ahora él se preocupaba por cumplir... Al fiel alazán no debería faltarle de nada, ni siquiera el día de su muerte. Nunca comprendió aquella demostración de amor consistente en rematar de un tiro al caballo herido, así que se lo hizo prometer al muchacho, aquel caballo moriría de viejo, como él. Ahora que el muchacho había crecido ya sabía lo que había de hacer,

había preparado la fosa en la ladera alta del monte; allí donde la vista abarcaba las largas praderas que descendían al paso del río, hasta la cordillera rocosa que dejaba asomar las primeras nieves en sus cumbres... Nada más que hacer, tan sólo esperar, así que se cubrió la cara con el sombrero dispuesto a descansar el resto del trayecto.

Enfrente, una pareja de ejecutivos se acomodaba al vaivén del vagón sin mediar palabra entre ellos. Uno junto al otro, viajaban en incómodo mutismo. El más serio se atusaba la corbata de continuo con nervioso gesto, impaciente por finalizar el viaje, ansioso por abandonar la compañía de aquel jefe lo antes posible. El gerente, algo más joven, le había entregado en mano un expediente disciplinario, cuatro horas antes de la charla y posterior cena de celebración que previamente el veterano delegado había organizado con un grupo de los clientes más selectos. La reunión y la cena transcurrieron en un ambiente cordial y de cumplida corrección: el delegado con el puñal clavado en la espalda, los clientes atentos y preocupados en la mesa por corresponder al delegado ante su superior y, ajeno a todo, el jefe perdido entre ellos, más concentrado en poner término a su estratagema que en conocer los pormenores que afectaban al trabajo de su zona. El delegado podía barruntar las consecuencias del temporal que se avecinaba, se quedaría sin puesto de trabajo, pero habría de luchar por sus derechos ante al juez. Tan embebido estaba en el problema que casi adivinó que aquella era su parada y, antes de que chirriasen los frenos, se incorporó del asiento. El jefe alardeó de nuevo de un corazón de hielo al despedirse... –¡Que tengas un buen fin de semana!

El delegado no se volvió ni tendió la mano, solo le espetó un adiós. Cerca de la ventanilla, la señora que se escondía tras unas gafas de sol, sacó otro cigarrillo que devoró con ansiedad, igual que los anteriores. Como si siguiera un metódico ritual, salía al pasillo cada vez que finalizaba un cigarro para volver a fumar otro. Tal vez fuese un modo de disimular dentro del compartimento, que no pensaran que fumaba sin parar... Entre pitillo y pitillo ahuecaba su cabello rubio con movimientos cortos de sus manos. Las gafas ocultaban unos ojos fatigados, tristes de apenas dormir en demasiadas noches seguidas. Unos ojos a los que ya poco les importaba que el humo fuese dañino, pues había males peores. Aquellos ojos que espionaron ventanas y puerta del motel donde su marido se había hospedado, tras aquella repentina reunión que surgió de la nada. Así que eso es lo que había ocurrido veces anteriores, en tantas ocasiones como urgencias de negocio,

tantas como chicas de alterne, como clubs de carretera que jalonaban el regreso a casa... Hasta que no lo vio con sus propios ojos no había querido creerlo, pese a las advertencias y sospechas. El mero hecho de seguirle y vigilarle certificaba el engaño, ya lo condenaba. Se tropezó en el pasillo con un tropel de gente que bajaba y subía cargada de maletas, luego volvió junto a la ventanilla para seguir observando la noche a través de sus gafas oscuras. No había hecho más que encender un nuevo cigarro cuando se incorporó brusca e interceptó el paso al interventor...

– ...¡Daston Ville! ¡Señora, hace dos estaciones que lo hemos dejado atrás! ¿No escuchó el aviso...?

La señora entró precipitadamente en el vagón, tropezó con el granjero, recogió su bolso y marchó como una exhalación. El joven iba a colocarse de nuevo el sombrero sobre el rostro y reanudar su sueño cuando volvió a sonar el teléfono que colgaba del cinturón. Gracias a las prisas de aquella viajera esta vez sí lo oyó...

–Vaya, Jorge, lo siento... Era de esperar. Ya sabes lo que has de hacer, sigue las indicaciones que os di al pie de la letra, ¿eh? Sí, sobre la loma, sí, la zanja ya está hecha, sí... Llegaré el viernes. Hazlo bien, vale.

El granjero no pudo disimular un gesto de congoja, el caballo del abuelo había muerto de viejo, por fin descansaría bajo la mullida hierba de la loma, sobre las vastas praderas que primero cabalgó; el abuelo podía sentirse orgulloso. Sí, era curioso cómo su labor aquí resultaba imprescindible... Misterios de los nuevos tiempos que su heredada alma de granjero se limitaba a asumir sin comprender. En el fondo, él pertenecía a aquel mundo y las prisas, protocolos y penurias de la vida urbana no casaban con su rústico carácter, quizás por eso no le afectaban. Observó ahora los rostros sin interés que ocupaban el vagón, de verdad que tenía ganas de llegar al rancho... Se moría por subir a la loma alta y contemplar el valle a sus pies.

EL CAZADOR DE CUENTOS

Acostumbraba guardar todas sus notas por inverosímiles que pudieran parecer. En el envoltorio de papel del bocadillo de tortilla, que había cenado la noche pasada escribió las últimas líneas. Apenas dio una cabezada en toda la noche, dentro de su coche, apostado frente al número once de aquel hostel urbano. Hasta que, al fin, salió primero él, parándose a la entrada del café contiguo, con las manos en los bolsillos de la americana. Al poco, una muchacha de tez morena y cazadora de cuero se unió a él, enlazándole por el cuello, como si se colgara, parecía besarle la nariz... ¡Era el momento!, disparó media docena de fotos desde la ventanilla, silencioso, a pocos metros de la escena. ¡Misión cumplida!

Había merecido la pena el viaje y la incómoda espera. Su cliente podría estar satisfecho con el trabajo. Pero en lo que respecta a su esposa no iba a hacerle ninguna gracia y, a él tampoco, ya que sería difícil explicar a qué dedica el tiempo a media mañana en la habitación de un hostel con una atractiva muchacha y en un día laborable.

Habían contratado sus servicios para vigilar a un jefe regional de una afamada firma multinacional. Tenía que ganarse la vida como detective, aunque su oculta vocación era escribir. Lo había intentado sin éxito, es decir, algunos certámenes literarios, de poesía incluso, pero no lograba subir en el escalafón para ser reconocido dentro del gremio de sus anhelos.

Arrancó el vehículo al mismo tiempo que sonaba su teléfono móvil. Era la agente de la editorial que contactó la semana anterior. Desde la ventanilla del coche pudo reconocer a través del cristal del Café al jefe comercial y a la exuberante muchacha dispuestos a desayunar. La pareja de tórtolos pareció mirar al paso del vehículo, aunque distraídos en sus devaneos. La chica de la editorial le dio la alegría del día al confirmarle que habían leído los escritos que envió, y anunciarle que serían publicados bajo el título de "El Cazador de Cuentos". Era preciso que pasase por el despacho para firmar el contrato. Se sentía feliz, aunque el triunfo, para él, también era el mero hecho de escribir. Si bien aquel logro no le retiraría del actual trabajo, al menos se lo hacía más soportable.

Por unos instantes extasiado, volvió de nuevo a la realidad, a pensar en el caso de su cliente. Sí, lo más curioso es que le había contratado una empresa de fontanería a causa de una deuda pendiente. Quizás significaba algo que el dueño de la fontanería fuera un antiguo empleado del jefe de la multinacional, pero en cualquier caso las cuentas pendientes se terminan zanjando... Y con la prueba de aquellas fotos en la mano el caso estaba cerrado.

Durante todo el trayecto de regreso se regocijó. Y repitió el nombre, soñando en cada letra, en el solemne tono que les imprimía... ¡El Cazador de Cuentos! –suspiró.

EL PREMIO

Aparentemente, resultaba fácil, sólo había que mentir. Y en verdad, fue relativamente sencillo poner fin y prescindir de las relaciones de aquellas personas, que ocupaban puestos de trabajo, ahora incómodos, para la Compañía, a raíz de la fusión reciente, sin importar ni entrar a considerar lo complicado de las vidas de quienes, hasta el día anterior, habían sacrificado las suyas para salir adelante. El provenía ya de otras guerras similares y, en ese sentido, su experiencia se había enriquecido con el ácido sabor de la inmisericorde ambición y con el demoledor poder de las opresoras armas que permitían ejecutar el daño. Sí, no es difícil acorralarle, tras casi tres horas de reunión y, una vez arrinconado por el acoso incesante, el propio subordinado es quien implora piadosa clemencia; o bien desata su primitivo instinto agresivo, al salir en pos de la natural defensa de su ser, y arremete en bruscos gestos de violencia incontrolada, que pueden utilizarse en su contra. Tal era la estrategia diseñada, y ya había tenido ocasión de comprobar que aquella trampa nunca fallaba.

La nueva Compañía se encontró de repente con un excesivo volumen de empleados y, si bien el número de productos y cifras igualmente dobló, tal ingente cantidad de personal, avalado por años de trabajo constante, resultaba caro para los propósitos de crecimiento, previstos por la nueva Directiva, más partidaria de ahorrar en indemnizaciones, aun a fuerza de manipular con provocaciones y amenazas para alcanzar el objetivo perseguido. Tal era su misión en la nueva empresa y en ello le iba su trabajo, así que había estudiado despiadadamente el modo y el momento preciso, para que su ataque sobre el empleado causase el impacto deseado.

Tampoco resultó difícil, después, añadir al informe que el empleado empuñó el bolígrafo, beligerante, contra el rostro del Gerente, y le propinó una desafortunada colección de insultos. No hubo otro remedio ni reacción más apropiada que obligarle a abandonar la sala. Luego, a este hecho, añadió la falta grave de no asistencia a aquella otra reunión de trabajo, de la que ni siquiera hablaron. Fueron suficientes motivos

para abrir un expediente disciplinario y, de este modo, hacer efectiva la sanción que interesaba a la empresa. Se había planificado desde altas esferas y no podía fallar. El empleado, despojado de sus armas más razonables, insatisfecho y desesperanzado, terminaba por sucumbir a la tensión acumulada. Y él era el ejecutor ideal, cumplir su tarea sin escrúpulos, permitiría abrir un hueco en la jungla o, tal vez, encumbrarle.

—¡Uno menos! —se dijo, y suspiró hondo, nervioso, pues tanta dedicación al desprecio no mantenía por mucho tiempo el alivio esperado. Gracias a estas medidas de limpieza, las redes comerciales se reciclaban, actualizándose, aunque nada garantizaba el límite a semejante desenfreno y, era sabido, que, sin subalternos a quien ordenar, ni siquiera su propio puesto tenía sentido.

Siempre es duro comenzar de nuevo y más aún finalizar la obra sin pretenderlo, sin buscarlo ni haberlo siquiera imaginado. Sin embargo, para él, una vida nueva había comenzado. Obligado por los inesperados acontecimientos aún no había podido asimilar el amargo trago de su despido, injusto, brusco y premeditado. Arrastró sus pasos pesados en la noche lenta, sólo iluminada por las farolas que jalonaban el regreso a casa. Se desvistió, autómeta, en un intento vano por despojarse de todo atisbo que recordase la azarosa situación recién atravesada. Lanzó el bolígrafo, el maldito bolígrafo sobre la mesa y, desnudo, se sentó con la cabeza entre los brazos, queriendo reflexionar, harto y sin conseguirlo. Su mujer y el pequeño hijo seguían siendo el todo, pero ahora también representaban lo único por lo que seguir y a lo que aferrarse. Ella le observó callada y lo dejó a solas, apartando al niño para que no ahuyentase al tiempo necesario, el instante de dar la bienvenida al nuevo camino hallado.

Con el rostro sumido entre las manos puso fin a aquella oscuridad y, recogiendo el bolígrafo, comenzó a escribir. Escribió toda la noche, sin pausa. Y al día siguiente, también, y al otro. De noche y de día, continuó escribiendo; durante tardes interminables, repasó con frenético ahínco, casi apasionado, lo escrito. Volvió sobre sus pasos para rectificar y consolidar arreglos nuevos, la palabra justa, la frase adecuada... Lo tituló "Camino del Aire" y, al acabar, lo dejó descansar en el extremo de la mesa del comedor durante meses, condenado al polvo del olvido en la esquina del abandono. Fue ella quien lo rescató para mitigar la pena, fiel a su feliz idea.

Por eso, cuando se dio a conocer el ganador del Gran Certamen Literario su nombre brilló con luz propia. A partir de entonces, "Camino del Aire" marcó un hito de referencia en la narrativa de actualidad y, aunque no era de los premios más remunerados, su categoría profesional lo consagraba entre los grandes. Al concluir la rueda de prensa esquivó los flases y autógrafos, abandonando el hotel por la puerta del personal. Junto al taxi que aguardaba, una pequeña gitana mendigaba...

—¡Toma, muchacha! —dijo y, tendiendo la mano, le regaló el bolígrafo. El taxi arrancó suave, perdiéndose entre las hileras de farolas que abrían el camino a su paso.

UN PUENTE CRUZA...

Se tragó todo el miedo de golpe con aquel súbito encontronazo. Llevaba horas caminando, desde que salió del aeropuerto y, ahora, la niebla ya ocultaba la carretera por lo que, pegado a la cuneta, no pudo evitar tropezarse de sopetón con aquel mendigo harapiento que, con su brazo extendido, parecía capaz de exigirle limosna al diablo mismo. El hombre reaccionó templado y, disimulando el susto, rebuscó en el petate hasta dar con la manta de viaje, que tanto le costó introducir sin estropear la cremallera. Era una buena ocasión para deshacerse de ella...

—Tome, oiga, no puede andar así por la calle a estas horas...

El viejo barbudo recogió la manta con expresión desorbitada y el hombre prosiguió carretera adelante. Controló la respiración una decena de metros hasta sentirse, por fin, aliviado. Se podían vislumbrar las farolas del viejo puente que entra en Searles y, acelerando el paso, descendió por la estrecha carretera que conduce a la población.

El vuelo que lo trajo a la capital lo hizo con un retraso exagerado, algo ya casi habitual. Hasta allí no había autobús de noche, pero era necesario llegar, pues a primera hora de cada mañana salía la línea que iba a Dursot, la casa de sus padres y destino final. Hacía más de cinco meses que no tenía trabajo. Tras más de once años sin el más leve problema en su empresa, fue despedido, al igual que otros tantos que, de repente, se convirtieron en un peso excesivamente caro, según el criterio esgrimido por la nueva directiva. Lo que más lamentó de aquella situación fue acceder de nuevo al primer plano de la desgastada atención de sus padres, para quienes, ya mayores, cualquier tipo de preocupación era lo menos conveniente.

Al principio se dio tiempo, un margen prudencial para asimilar el golpe y, quizás, con algo de suerte, volver a incorporarse en otro trabajo, pero necesitaba un cambio de aires, un remanso entre tanta tensión acumulada. Sus padres ignoraban que llegaba, aunque sabían lo de su empresa. Ahora vivían en Dursot, pero años antes residieron en Searles y él aún retenía en la memoria, casi con la misma nitidez de su infancia los senderos entre los bosques.

Cruzó el puente, iluminado tan solo por los halos tenues que la niebla dejaba traspasar. Abajo, escuchó el río que nutría la laguna; se podía adivinar su lento cabalgar. Estaba cansado. Los doce kilómetros que separaban el aeropuerto del pueblo le ayudarían a descansar mejor; sólo pensaba en la pensión de la señora Cortéz, ahora regentada por sus sobrinos, y en el día siguiente, por fin, de vuelta a casa.

La mañana se despertó en medio de una lluvia plomiza, sin amanecer, aunque tibia. El autobús que le llevaba a casa se detuvo a la entrada del puente que cruza Searles. Los vehículos atravesados de la policía impedían el paso al tráfico y, con sus luces parpadeantes, levantaban la curiosidad entre los habitantes de la tranquila villa. Un agente subió al autobús y avanzó por el pasillo en actitud vigilante, observando cada detalle de los pasajeros. Luego, respondió a la inquietud de una nerviosa anciana... Habían encontrado el cuerpo ahorcado de la baranda del puente, colgado sobre el río. Pertenecía a un jefe de la antigua fábrica. La anciana, a su lado, le golpeó con el codo y farfulló: –Se llevan la fábrica, acabarán con el pueblo, con la gente...

Sí, es duro comenzar de nuevo, pensó él, sin entrar a la conversación.

Una ambulancia hizo sonar la sirena al abrir la comitiva y, detrás, le siguió el automóvil que transportaba el cadáver. Los policías ordenaron la circulación y el puente volvió a cobrar vida mientras los pasajeros regresaban a sus asientos.

–¡Ya nos movemos! Por fin se pone en marcha... –la anciana farfulló de nuevo en voz alta.

–...Sí, la vida sigue.

LAS GASTA MÁS DURAS

Le odiaba tanto que hasta me asusté de mí mismo. El propósito inicial que me llevó a la granja escuela "Los Corzos" había dado un giro tan insospechado como indeseable. Para algunos que hemos nacido en el medio rural, el campo es nuestra única salida. Las grandes urbes quedan lejos, a veces e, incluso, representan un entorno hostil e incierto, por lo que trabajar el campo significa algo más que ganarse el sustento; me había propuesto hacerlo bien, convertirme en un profesional. Cuando finalicé el segundo nivel de las enseñanzas agropecuarias surgió la posibilidad de continuar mi curso de especialización en la Hacienda "Los Corzos"; me atrajo especialmente la idea de que no me alejaba demasiado de la comarca y que, por primera vez, tendría contacto con los viñedos, mundo que me apasionaba.

Sin embargo, enseguida pude percibir que el aire que se respiraba en "Los Corzos" se salía de lo habitual. Su capataz, al que llamaban Bravo Jo, era un hombre corpulento y de gran envergadura, entrado ya en redondeces más por el descuido que por los años. Su voz ronca y cascada gritaba en vez de hablar y, de su sarcástico tono, lo que más desagradaba eran sus estentóreas carcajadas que siempre comenzaban de un minúsculo hilo de risa sostenido entre dientes.

—...Si algo queda por recoger, mi amigo el espantapájaros me lo contará. —Fueron sus primeras palabras, mientras señalaba hacia el otro lado de la huerta.

Llevaba más de una semana entregado de pleno a la insigne tarea que me había encomendado. En la huerta que se extiende frente a la cuadra, había un gran magnolio, cuyas anchas hojas caían sin descanso y que había que rastrillar para amontonar. Cada mañana el montón de hojas aparecía revuelto y nuevamente disperso, con lo que debía volver a reunir las hojas recogidas y las nuevas. La desolación de ver mis sueños tan alejados del principal interés, hacía crecer en mí un sinsentido imposible de disimular en la expresión de desgana de mi rostro. Los demás lo contemplaban mayormente en silencio, con la experiencia callada de quienes antes padecieron ya la bravuconada. El

mal sabor de boca que a alguno le quedó, le impidió después volver a sentirse solidario. Otros marcharon o casi huyeron. El compañero de mesa me contó que, el pasado año, uno de los muchachos apareció ahorcado en el desván; fue una etapa tensa y reciente en que muchos vieron peligrar su futuro, pero sin poder poner otro remedio, sino esperar el fin del curso y así trasladarse a otro centro de personal más cualificado.

Al fin y al cabo, yo había tenido suerte, según mi compañero, pues mi castigo, aunque continuado, era leve. Con él, sin embargo, según contó, no anduvo tan repartido, sino que se ensañó todo de un golpe. Me enseñó la cicatriz que le quedó de aquella novatada, cuando al intentar sostener la soga que aguantaba la carga, previamente desatada, el peso de la violenta caída le deshizo el pulgar derecho. No perdió el dedo, pero se le dejó inservible, me explicaba mostrándome su inutilidad...

—La vida las gasta más duras. —le susurré, tratando de consolar.

—...No, el diablo. —apuntó mi amigo.

Aquella tarde rastrillé cada hoja muerta que caía a la huerta. Al lado, un vasto maizal se extendía ahora vacío, custodiado tan sólo por un abandonado espantapájaros, que con su rígida mueca no conseguía ahuyentar las bandadas de cuervos y urracas que repicaban entre las briznas. Con el atardecer casi no distinguía ya las hojas en la yerba, pero rastrillé mecánicamente y, azuzado por el desconuelo, lloré. Sí, lloré amargamente, de rabia, molesto al recordar las palabras de Bravo Jo:

—A lo mejor al espantapájaros no le caes bien...

Sus risotadas seguían oyéndose aún después haberse marchado, y el eco macabro de su fechoría me hería más que la broma en sí.

A la mañana siguiente, cuando me disponía a reanudar las tareas en el establo, el revuelo de la granja me inquietó y, rápido, me acerqué al grupo de muchachos, que enseguida abrieron cerco al grotesco espectáculo con el que se encontraron... En el rellano del abrevadero, el cuerpo de Bravo Jo yacía tendido, inerte, atravesado por una gruesa vara que asomaba más de dos cuartas por su boca. Muerto y empalado, le tapaba la frente el desaliñado sombrero del espantapájaros; en una mano, apretada, la nariz de zanahoria y en la otra, también contraída, aguantaba el rastrillo. El silencio que reinaba nos obligaba a mirarnos unos a otros, pero ningún atisbo de pesar afloró ante aquel horror. Al dispersarnos para nuestras labores, lo hicimos percibiendo los otros sonidos de la mañana; casi podía tocarse el aroma de la yerba fresca,

antes desapercibido. En la huerta, no me sorprendió encontrar el montón de hojas intacto. Sin embargo, el espantapájaros había desaparecido... Era curioso, hasta los pájaros parecían respetar el campo en su ausencia...

UN POCO DE MALA SUERTE

No era que amase su profesión, no. Si a aquello se le podía llamar su trabajo era debido a un continuado sacrificio, ejercido con la plena conciencia de quien persigue el objetivo marcado a toda costa. Cierto que también padeció sinsabores, sí. Pero siempre tuvo bien presente la máxima, que acertadamente aseveraba cómo el trabajo no es el medio idóneo para hacer dinero. Por eso, ir directamente al grano le supuso algunos desaires y demasiados infortunios y, además, tampoco le había servido para aumentar la economía de sus arcas. Sin embargo, le había cogido gusto al gusanillo de cortar cabezas. Algo tenía aquel puesto por el que tanto peleó que, ahora, por fin arriba, le embriagaba el mero hecho de poder disponer de las vidas profesionales de tantos empleados a su servicio. Fiel a la directriz de la actual empresa, se hallaba como pez en el agua en su tarea de eliminar personal y, hasta la fecha, su metódico y planificado ritual de acoso y derribo moral sólo le había acarreado éxitos. Cada día, repasaba mentalmente la lección, casi hasta convertirla en un rezo:

—...Fría, muy fría, fríamente... —se repetía. Así había logrado al fin abrirse un sitio dentro de la élite que manejaba los hilos de la Compañía.

Esa tarde se encaminaba hacia el hotel, donde tendría lugar la reunión de costumbre, otra de tantas. Nada fuera de lo habitual, matar las primeras horas y cansar al adversario, hasta dar con el pretexto apropiado para desencadenar el posterior ataque de expedientes disciplinarios con los que amedrentar al empleado contra las cuerdas. Luego, tal vez, con algo de suerte, si el trabajador renunciaba y evitaba entrar en terrenos judiciales, podría resultar bastante barato su despido. De ahí la importancia de cuidar todos los detalles de su delicada misión.

Estaba llegando a las inmediaciones del hotel cuando aquella gitanilla le salió al paso con su incómoda insistencia por extraerle la propina. El hombre se negó, primero, a recoger el periódico de tirada callejera que le ofrecía; luego, a dar la limosna. Pero la muchacha no cejaba en intentarlo hasta que, al fin, logró que aquel individuo trajeado le adquiriese al menos el bolígrafo a cambio de unas monedas.

Una vez en el hotel, el gerente dispuso el escenario ya familiar para él. En tantas ocasiones había repetido el ceremonial que cada paso encaminaba al siguiente como fases perfectamente encadenadas. Hoy, sin embargo, quería acabar pronto. Le molestaba particularmente tener que marear a la víctima en los obligados rodeos iniciales. Disfrutaba más después, cuando el desconcierto asomaba en la expresión incrédula del empleado y, abatido, tiene que abandonar la reunión adivinando ya las fatales consecuencias de una jugada irreversible... Sí, se regocijaba especialmente en ese instante premeditado, y la experiencia le demostraba que todos caían en la trampa al mismo tiempo que se daban cuenta de ella.

...Sin embargo, algo no iba bien. Aquel trabajador llevaba veinte años en la empresa, y el efecto buscado con sus tretas estaba cosechando precisamente lo que pretendía. Cuando el empleado se abalanzó, fuera de sus casillas, empuñando el bolígrafo contra el rostro de su acosador, el gerente ya conocía esa sensación sobre la que tanto había teorizado sobre el papel. La conocía y la había presentido de tanto utilizarla como un juego. Nunca imaginó lo que significaba haber encontrado la horma de su zapato.

Aquella tarde, el gerente abandonó la reunión del hotel dentro de una ambulancia. Quizás no perdiese del todo el ojo izquierdo, aunque el pómulo había que reconstruirlo y el tabique nasal quedaría desfigurado... En el transcurso de los meses que duró su larga convalecencia tuvo tiempo para reflexionar y recapacitar sobre lo acontecido. Revisó los métodos, evaluó cada una de sus estrategias... Algo falló, sí, había sido eso, sólo un poco de mala suerte...

ALGO HABRÁ HECHO

Acudió un año más a la cita con los antiguos compañeros de trabajo. Desde que la empresa, en la que compartieron casi veinte años, fue absorbida por otra enorme multinacional, habían permanecido fieles a seguir celebrando aquella comida, que servía de pretexto para volver a reunirlos. Al igual que todos los demás, Constantino Do Santos no tenía inconveniente ninguno en desplazarse para tal evento, aunque, en esta ocasión, el lugar escogido estaba en su misma ciudad de residencia, por lo que sumó una obligada responsabilidad al lógico entusiasmo. Se había ocupado, con esmero, de organizar el restaurante y preparar el menú, cuidando cada detalle.

Los comensales fueron llegando, avanzado el mediodía, entre apretones de manos, saludos y abrazos. Con los aperitivos las risas crecieron en intensidad y, sentados ya a la mesa, la conversación tomó los acostumbrados derroteros del recuerdo al recordar, con nostalgia, situaciones y anécdotas pasadas. También dedicaron el consabido espacio a exponer los avatares de la situación actual; para todos fue difícil volver a iniciar su andadura laboral, cada uno a cuentas con su idiosincrasia particular. Pero, unos más tarde que otros, fueron resolviendo el problema de recuperar la normalidad.

Hacía ya tres años que la nueva empresa prescindió de sus servicios y les despidió; y era la segunda ocasión en que de nuevo se reunían todos, excepto Clemente, el compañero de habitación de Constantino Do Santos. Fue inevitable que resurgiera el tema en el transcurso de la comida, cuando uno de los más veteranos relató la encerrona en que la empresa metió a Clemente, acusándole de agredir al gerente, para que su despido resultará así más económico. Pero Constantino no pudo contenerse:

—... ¡Algo habrá hecho!

La respuesta no se hizo esperar y, al punto, la mesa se transformó en un hervidero de discusiones entrelazadas, donde nadie se atrevía a juzgar al compañero que había sufrido idénticas penalidades que el resto. Otros, a su vez, aseguraban no entender nada, amparándose en que no habían estado allí presentes; mientras algún otro salió en defensa del ausente, avalando su excelente carácter, incapaz de actuar de forma violenta. A la mayoría, no obstante, les quedaron claros los motivos que explicaban la ausencia de Clemente.

Constantino había conseguido extender el escándalo en un intento poco elegante de que el bulo o la duda hallasen terreno abonado. Él sí que lo había pasado mal de verdad; el fin de la empresa coincidió con la fatal enfermedad y muerte de sus padres, uno seguido del otro. Además, le había costado mucho más que a nadie encontrar empleo de nuevo, había sido el último en incorporarse. Nunca reconocería rencor alguno en contra de su antiguo compañero de habitación, tan sólo una ligera envidia derivada de su valía natural, pero se había propuesto amargarle la reputación con tal de eludir su propia mala racha: siempre es mejor que hablen de otro...

Después del café llegaron las copas y, de forma paulatina, el embrollo dio paso otra vez a las risas, que de nuevo restablecieron el ambiente distendido, propicio al alegre desenfado. Algunos distaban cuatro horas de carretera a sus destinos y, así, fueron despidiéndose unos de otros en cordial camaradería, al tiempo que se emplazaban para la reunión del año próximo. Constantino se despidió del último de los compañeros, que se había quedado rezagado con la excusa de compartir un consejo:

–Eres injusto con Clemente. Al menos, deberías concederle el beneficio de la duda...

Pero Constantino esquivó el reproche entre burlas y abrazos fingidos:

–Anda, majo, que te vaya bien en la carretera... ¡Y no bebas más!

Finalizado su papel de anfitrión, se quedó a solas, contento por el desenlace de la velada. La tarde, aún diáfana, se resistía a caer y optó por regresar andando a su casa, evitando la aglomeración del centro; no le vendría nada mal un paseo. Sin embargo, no tardó en toparse con un tumulto de gente arremolinada frente a las intermitentes luces de la policía. Se sorprendió, porque la manifestación anunciada, según leyó en la prensa de la mañana, debería haberse celebrado ya. Tal vez no lo entendió bien, pero dispuesto a que aquel obstáculo no retrasara su marcha se desvió por las calles aledañas, a fin de alejarse del murmullo de la muchedumbre que parecía perseguirle por cada esquina.

Fue al doblar el edificio de la Abadía, cuando se frotó los ojos para terminar de creer en lo que tenía delante... El tigre le había visto y arqueaba los bigotes con leves rugidos, mientras avanzaba resuelto hacia él. Constantino enseguida se dio cuenta de la misión de aquel cordón policial que se había saltado; permaneció inmóvil, rezando porque no fuera demasiado tarde. El animal pasó junto a él y, por un instante, en medio de la calle, el hombre albergó la esperanza de ser

ignorado. Pero en el último momento, el tigre se abalanzó contra él con un certero zarpazo. Constantino Do Santos se dobló sobre su costado; sólo escuchó los gritos, y luego los disparos... Y aquella mancha roja de sangre cada vez más grande.

EN CIERTO SENTIDO

Me di cuenta desde edad temprana, pero el primer recuerdo databa de apenas cumplidos siete años. Había olvidado el regalo de cumpleaños en la habitación de mis padres y, a medianoche, me entró la imperiosa necesidad de tenerlo entre mis dedos. Aquel soldado articulable era una especie de mascota y, desde mi cama, fui el primer sorprendido al comprobarme observando el dormitorio contiguo con toda clase de detalles. Ellos dormían a pierna suelta mientras, asombrado, recorría cada rincón de la estancia, escudriñando todos los pormenores, hasta dar por fin con el juguete, posado sobre la silla.

Años más tarde, en el Instituto, tuve una experiencia singular con la profesora de idiomas, una mujer de porte elegante que compaginaba perfectamente con aquel obsesionado interés suyo por la correcta dicción. No dejaré de reconocer que su atractivo repercutía en los maleables moldes de un muchacho en pleno proceso de desarrollo, vamos, que me gustaba. Quizás influido por ello, por sus maneras o por el perfume y la exquisitez de ropas con que se ataviaba, en una ocasión, pude contemplarla también durmiendo junto a su pareja, un señor gordinflón de acicalada barba. Su dormitorio, de aspecto pulcro, respiraba un aroma de esencias. Acabé el curso con la mejor puntuación en su asignatura y, además, con la felicitación de la propia profesora, sí, una perfecta señora. Para entonces era ya consciente de que podía entrar en otros sitios, aunque sin saber muy bien lo que hacer una vez allí; me fascinaba poder contemplar el lugar, los objetos, los gestos imperceptibles del rostro o los movimientos del cuerpo. Había aprendido a moverme, superado el desconcierto inicial. Podía ver mis manos y escuchar, pero resultaba imposible tocar nada, siempre que lo había intentado había terminado por despertarme de forma brusca y sudoroso, así que opté por el disfrute inocuo de la situación. Posteriormente, me fue de gran utilidad para el trabajo la información proporcionada por tan particular habilidad... Recuerdo a aquella directora general que no hacía sino extorsionar los esfuerzos de

sus empleados, con la velada amenaza de que un hogar que se precie semejaba los mismos sacrificios que la empresa. Sin embargo, mis sospechas iban cobrando forma pues nunca logré introducirme dentro de su alcoba. Aquella mujer nunca durmió acompañada y, tras su caparazón, debía de sentirse de verdad sola.

Con el paso de los años he ido adaptándome a los misteriosos caprichos a los que me somete esta extraña percepción, pues nunca soy yo quien decide el momento o con quién experimentarla. Desde mi cama, como si estuviera dormido, puedo presentarme en otros lugares a millas de allí y observar aspectos inverosímiles de gente, casi siempre cercana a mí por algún motivo desconocido, aunque revelador.

El nuevo Gerente se incorporó hace un mes en unos cruciales momentos para la Compañía y, para mí, necesitado de esa normalidad, capaz de alejar cualquier nubarrón de incertidumbre, sobre todo ahora que acababa de firmar la hipoteca de la nueva casa. Quiero dar a Lena y a nuestro hijo, Tomy, unas comodidades mejores y bien merecidas. Con esa intención, la noche anterior estuvo de invitado en la casa estrenada y de la que me siento tan orgulloso. El nuevo Jefe se despidió a medianoche, había tarea acumulada que adelantar al día siguiente. Pero de madrugada, sin proponérmelo, me introduje en su dormitorio... Jadeaba entrecortado, a pesar de ser joven. Observé el rostro de la mujer de melena rubia que descansaba a su lado, algo mayor que él; las ropas descansaban esparcidas por el suelo sin orden ni concierto... Volví a acercarme a la mujer y, horrorizado, comprobé que se había convertido ahora en una morena, más joven que la anterior. El Gerente resoplaba en camiseta de tirantes, el pijama, arrugado a los pies de la cama, cayó al suelo cuando dio media vuelta... Desperté inquieto, al intentar jalar de la manta, cuando descubrí que la mujer acostada era ahora otra distinta, de pelo castaño corto, que resoplaba casi más que él... Quise advertirle, pero algo no me dejó.

A la mañana, en el desayuno, Lena opinó sobre las incidencias pasadas...

–Se notaba que lo hacía por cumplir, aunque espero que quedase contento.

Sin embargo, fueron las palabras de Tomy las que acertaron a despejar las dudas en cuanto abrió la boca:

–...¿Pero cuántas mujeres tiene ese hombre?...

Su pregunta me dejó perplejo, mientras la madre ignoró la aparente incongruencia. Tomy es un buen muchacho, deportista, está creciendo fuerte; quizás deba estar más cerca de él, ahora que su formación es tan decisiva. Algo me dice que, digno de su padre, aunque nunca antes lo hayamos comentado, en cierto sentido, nos entendemos.

SILENCIO EN LA JUNGLA

Se agazapó sobre la roca, adaptando la palma de los pies a las aristas rugosas. Con la cabeza hundida entre las rodillas, acechó la superficie cristalina de la orilla. Cuando la sombra del pez zigzagueó entre las rocas, un movimiento certero de su brazo acertó a atravesarlo. En la vara puntiaguda, la pieza cobrada daba coletazos desesperados, mientras el salvaje recogía de la arena otra vara con cuatro pescados más, ya inertes, y se alejaba de la playa en busca de la zona arbolada en la que proveerse de algunas frutas.

Aún el sol no había alcanzado su punto más elevado, cuando sonó de nuevo la sirena... Al igual que en anteriores ocasiones, el salvaje ya sabía lo que aquello significaba. Paralizado, escuchó atento la estridente señal para, rápido y nervioso, dirigir sus pasos montaña arriba. Desde lo alto, observó la llegada del barco y al ruidoso grupo de turistas que alborotaban la pequeña cala con sus ropajes de llamativos colores. En su mirada neblinosa se apagó el brillo que antes le había mantenido ocupado y, a rastras, se adentró en la jungla en manifiesta actitud huidiza.

Una vez en la gruta, apenas dio cuenta de la pesca que obtuvo durante la jornada, preocupado por la reciente visita a la isla; le inquietaban los viajeros, aquellos extraños que, cada vez con más frecuencia, invadían el silencio que imperaba en la jungla. En los últimos tiempos había aprendido a valorar el significado de aquel preciado silencio. La jungla proporcionaba todo lo que podía necesitar: alimento, techo y cobijo. El no podría soportar aquellas telas que aprisionaban los cuerpos ni tampoco le hacía falta cargar con tan raros equipajes, aunque no siempre fue así...

Aquella noche durmió acosado por incesantes pesadillas que ahuyentaron la placidez del descanso. Soñó cuando, más joven, los trajes elegantes apretaban su cutis afeitado de ejecutivo prometedor. Entonces, la carrera hacia la cima se adivinaba libre de obstáculos, aunque no de competidores, pero la rotundidad de sus triunfos bastaba para merecer la tan disputada plaza de la Jefatura comercial. De hecho, aquel viaje en hidroavión a las islas no representaba sino un avance del premio principal, al que fueron invitados los mejores profesionales seleccionados. Sus expectativas eran inmejorables y excelentes sus

resultados. Las únicas nubes que enturbiaron el horizonte de aquella decisiva reunión fueron las que cubrieron el atolón, durante la mañana previa al viaje de partida. Luego, a la tarde, se desencadenó una tormenta atroz que envolvió al indefenso aparato al poco de iniciar el despegue. A merced de los embravecidos elementos, el hidroavión volteó sin control hasta romperse como un juguete entre las olas que asediaban sin piedad aquel apartado conjunto de islotes que, hasta entonces, sólo fueron un reclamo paradisíaco.

La tragedia superó con creces el alcance de las posibilidades con las que contaban los dispersos habitantes de aquellos tranquilos lugares. Cuando menguó el temporal, y pudieron acercarse a los restos del accidente, tan sólo hallaron enseres inservibles, hechos añicos y cadáveres diseminados por el océano. Muchas esperanzas de futuro acabaron allí sus días, incluso algún cadáver no apareció, pero no por ello las grandes empresas dejaron de crecer. Nadó, cegado por el oleaje, hasta alcanzar la costa y, extenuado, se desplomó junto a la cueva que luego iba a servirle de morada. Era un cualificado profesional y, por tanto, estaba preparado para el éxito: recorrió la geografía costera de su nueva prisión, aprendió a cazar y a pescar, y comenzó a descubrir el crudo sabor de sentirse vivo. Era un superviviente.

Al día siguiente, casi con talante obsesivo, volvió a vigilar los movimientos de aquel grupo de estrambóticos turistas, contemplaba sus risas, su lenguaje, sus bailes y fiestas en la orilla de la playa. Siempre ocurría así: las excursiones duraban un fin de semana, dos días completos en los que ni cazaba ni comía, concentrado únicamente en espiar las idas y venidas de aquellos molestos visitantes, en aguardar el ansiado momento de su regreso. Aquella segunda noche tampoco fue capaz de dormir en paz, soñó con gráficas y curvas de crecimiento, coloreadas según los potenciales, de acuerdo al índice de mercado, local o de área, soñó con parámetros y estadísticas comparativas que reptaban frías sobre su desnuda espalda y, cuando irrumpió el alba en la gruta, él ya estaba montaña arriba oteando las maniobras de la embarcación. Con el sonido de la sirena anunciando el fin del viaje, y la hora de la partida, su mirada recobró el destello brillante que lo convertía en un fuera de serie... Entonces podía cazar y dormir, ahora podía escuchar los susurros de la jungla que con tanto mimo le albergaba y, por fin, disfrutar del verdadero silencio del triunfo...

OSCURO DESPERTAR

Cuando rebasé la curva, no tuve dificultad en reconocer el lugar, la vegetación tupida marcaba los bordes del camino. Sí, conocía bien aquel sendero, cada piedra, cada tronco, la situación de cada planta o matorral, lo había recorrido tantas veces en sueños que casi era capaz de prever el próximo detalle que aparecería ante mí... "Ahora, la roca grande, tiene que estar por ahí", me dije. En efecto, allí estaba, suntuosa y enorme, a pesar de la oscuridad. Había repetido el recorrido de aquel sueño en tantas ocasiones que ya podía permitirme decidir... "Ahora haré esto otro en vez de ir por allí". Rodeé la roca, hasta dar con el objeto que descansaba en una de sus aristas planas, a modo de repisa. Esta vez pude distinguirla: se trataba de una brújula, dorada, con el fondo resaltado en rojo. Sabía que no debía tocarla, pero, al acercarme para observarla, no supe por qué, lo hice... ¡Maldita sea! El despertador sonó estridente, casi caí al suelo al intentar apagarlo. Maldije mil y una veces la torpeza con la que había obrado en mi sueño. Llevaba largos meses, casi años, persiguiendo los detalles de aquel sueño repetitivo, ya familiar. Se trataba de un reto, me había propuesto desvelar los entresijos de aquel paisaje, que me resultaba tan habitual, y por el que me manejaba con un cierta destreza... No sabía explicar por qué sucedía, pero aquel sueño era el único que era capaz de recordar. Podían transcurrir semanas o meses sin que apareciese o soñando con otros, de los que luego no lograba acordarme. Pero en cuanto surgía el escenario de mi sueño, parecía cobrar vida, y todo cuanto acontecía, adquiriría una relevancia significativa.

La primera vez que soñé con el sendero tortuoso fue al comenzar mi trabajo en la empresa, recién contratado. Para un joven ambicioso y con ganas de poner en práctica todo lo estudiado era una oportunidad inigualable, que no podía desperdiciar. Quería aprender, mejorar y abarcar muchos campos, con prisa por sumar experiencia; me apasionaba mi trabajo de diseñador. Ya llevaba casi tres años allí, en aquella mediana empresa de equipamiento electrónico. Mi labor de publicista no había deparado importantes avances a la firma que

representaba, pero, al menos, me valían para curtirme en los avatares profesionales del mercado. Todavía recordaba la cara de estupor del señor Thomas, el director de la Compañía, cuando llegué tarde el mismo día de la cita para firmar mi contrato. Luego, sin embargo, le cambió el gesto al comprobar que mi puntualidad y aplicación en las tareas se realizaban con ahínco y constancia. Justo con la renovación del primer año, ya había alcanzado a divisar la gran roca de mi sueño. Era curioso, pero la brújula apareció cuando firmé por segundo año consecutivo... Claro que nunca me atrevería a contárselo a nadie, mucho menos a alguien del trabajo, ahora que ya empezaba a formar parte de la plantilla fija de la empresa; me tomarían por un chiflado y apreciaba demasiado mi trabajo para jugar con riesgos añadidos.

En este último tiempo había conseguido que la remilgada señorita Mauldred también me preparase el café, en las reuniones de los miércoles, como a los demás; señal de que ya iba formando parte viva del equipo. También, a base de escuchar consejos más que de ejecutarlos, me había ganado la confianza del adjunto de redacción que se sentaba siempre a mi lado en cada reunión. Una de las más recientes confidencias que se le escaparon al redactor fue que la Compañía estaba a punto de adquirir renombre y mejorar de categoría, sobre todo, a partir de la conclusión de aquel encargo que les reunía y que tanto apremiaba, de ahí la necesidad de que todas aquellas horas extras que había que invertir fructificasen. Aunque no se percibieran beneficios económicos, iban a servir para impulsar nuestro nivel de profesionalidad. Era mucha la tarea y, por tanto, el cansancio acumulado tras duras semanas sin apenas tregua; llegaba a casa extenuado y resultaba muy fácil quedarse dormido...

Aquella noche, enseguida reconocí mi sueño, ya sabía lo que debía hacer... Esta vez rodeé la roca en sentido contrario a las agujas del reloj, observé la brújula, y seguí la dirección que apuntaba... La noche estaba clara, asomaban tenues reflejos de luna entre la espesa vegetación cuando vislumbré la cabaña. Una luz débil provenía de su interior, tal vez de un quinqué, pensé, mientras me acercaba con tiento. Amparado tras las hileras de árboles, observé la sórdida construcción de madera y avancé hacia la valla derruida que la circundaba. En uno de los laterales, donde comenzaba el porche distinguí el respaldo de una mecedora, alguien descansaba en ella... Desde aquel ángulo era imposible reconocer rasgo alguno, además, no me atrevía a dejarme descubrir, así que bordeé la cabaña en sentido inverso. Sin embargo, para mi sorpresa, cuando alcancé el otro extremo del porche contemplé

la mecedora sola, vacía, sin nadie alrededor... Mis pasos crujieron por las tablas desgastadas del viejo porche cuando me aproximé con intención de atisbar dentro, pero una fría sensación me paralizó... Lento, miré atrás, hasta toparme de bruces con el rostro adusto del señor Thomas, que me escrutaba debajo de un enorme sombrero de hongo. El susto fue tan mayúsculo que me hizo despertar...

Aquel día acudí a la Compañía sin tiempo para desayunar y, por si fuera poco, quedaba el tramo de trabajo más arduo y sacrificado. Tan sólo de pensar en toda la tarea que me quedaba por acometer ya comenzaba a flaquear. Aún me encontraba cansado, a pesar de haber dormido. Además, la mañana de aquel miércoles no podía presentarse más desoladora: la señorita Mauldred parecía haber vuelto a las andadas y, excepto a mí, puso a todos su correspondiente taza de humeante café. Algo se debía celebrar, pues también adornaban el centro de la mesa oval unos platitos de pastas surtidas. Estiré el brazo en un ademán inútil de alcanzarlas, pues quedaban lejos de mi asiento, pero tropecé en el hombro del señor redactor que, con gesto de falsa ofensa, se cambió de sitio, justo al extremo opuesto de la mesa. Casi con miedo me atreví a mirar al señor Thomas y, cuando lo vi levantarse y dirigirse hacia mí, me atusé el flequillo, nervioso... "Debo de tener mala cara, sí". Un sinfín de imágenes y pensamientos me resbalaban por la frente, no recordaba que alguien me hubiese devuelto aún los buenos días... El señor Thomas se aproximó y me tendió el sobre. Iba a preguntarle, pero se adelantó en la respuesta: –¡Fírmelo y entréguelo! –espetó, tajante.

Cuando acabé de leer ya no me importaban las pastas ni si había quedado gota de café. Tenía quince días para despedirme de mi hasta entonces empleo y lo peor era que así, sin ilusión, era incapaz de hacer nada bien. Sin embargo, busqué el lado amable de la situación y me ahorré todo el montón de horas perdidas, robadas de mi ocio personal... "Estas cosas pasan", reflexioné. A partir de ese momento también pude dormir mejor, al menos más descansado.

Tardó mucho tiempo en repetirse el mismo sueño que tanto me asedió. Hace algunos días fui convocado para una entrevista de trabajo. Parecía interesante la oferta y la directora, una madura señora rubia, aún de buen ver, apostó por un joven con algo de experiencia. Aquella noche volvió a reaparecer la cabaña, aunque abandonada... Ninguna luz brillaba adentro, y en el porche solitario la mecedora descansaba vacía. Esta vez sabía lo que tenía que hacer... Bordeé el porche en el sentido contrario a las agujas de un reloj, pero me sobrecogí al

descubrir una figura recostada en la mecedora; debajo del sombrero en forma de hongo asomaban unos bucles rubios. Retrocedí asustado y tropecé con la valla... El estruendo de la caída me despertó con un oscuro presentimiento.

CALLEJÓN PERDIDO

La noche se rompía con alguna estridente carcajada que escapaba de aquella conversación. Los tres hombres regresaban a altas horas de su pequeña reunión particular, celebraban un pacto que durante largo tiempo habían tramado y que, después de mucho negociar y esperar, ahora, por fin, vería la luz. Nathan era el más joven en años y también, en experiencia. Apenas llevaba seis meses de director general en la Compañía, desde que se jubiló el anterior. Fue requisito indispensable esperar a sustituirle para llevar a cabo el plan; así lo pactó con Ern, a quien conocía de múltiples coincidencias en convenciones, y con quien acabó por cerrar una relación que traspasaba los umbrales de lo profesional. En realidad, la idea partió de Ern y, cuando Nathan fue presentado al señor Sebastián, pudo comprobar cómo aquel proyecto iba agrandándose, igual que una golosa bola en la que invertir el futuro más inmediato e incluso el de más allá. El trato consistía en firmar la compra de ambas empresas en una jugada maestra que sólo les reportaría beneficios, si no perdían de vista que la Compañía del señor Sebastián triplicaba a las de Nathan y Ern juntas. Primero, Nathan debía permitir que Ern comprara la suya y, después de aguardar los dos años que la ley establecía para una siguiente operación, firmarían la venta al señor Sebastián, con lo que ocuparían así el primer puesto en el escalafón internacional de la industria química. En todo momento, a cada uno de ellos, se les seguiría respetando su categoría y rango directivo, condición sine qua non y bajo contrato, según habían acordado en sus secretas negociaciones. La cifra de los miles de millones que esta maniobra les suponía, no tenía parangón con el centenar de puestos de trabajo que habría que eliminar para ajustar el régimen legal a sus propios intereses. Mañana, a primera hora firmarían la venta y, algo cargados de copas, se felicitaban por los nuevos y ricos tiempos que se avecinaban.

Ern soltó otra carcajada de las suyas cuando abandonaron la avenida principal para adentrarse por una de las transversales hacia el casco urbano. Al señor Sebastián se le notaba la experiencia en lo voluminoso de su barriga, más acostumbrada a banquetes de trabajo y digestiones económicas, pero donde siempre había hueco para una oportunidad de engrosar más amistades solventes. Entre risas, Nathan

distinguió la figura de un vagabundo próximo a la esquina a la que se acercaban, pero siguió atento al hilo de la conversación. Ern contaba en ese instante un chiste de una enfermera sorprendida por el acoso de un cirujano, cuando Nathan observó la mirada fija y penetrante que el vagabundo mantenía sin titubear y que, con descaro, sostuvo cuando pasaron frente a él... A Nathan le dio la impresión de que sólo le miraba a él; quiso advertir a sus acompañantes, enfrascados aún en la broma, pero no pudo esquivar la atención del vagabundo, que con gesto desafiante parecía increparle...

—La luna no tiene precio, no tiene precio la luna.... —mientras señalaba con su brazo extendido al cielo. De repente, el vagabundo sonrió con una mueca grotesca que mostraba sus huecos y dientes negros, mientras reía de forma compulsiva y burlona.

La lluvia arreció de nuevo, y aceleraron el paso. Nathan no dejaba de mirar hacía atrás, al tiempo que preguntaba a sus amigos si habían oído a aquel loco...

—¿Qué dices, Nathan, de qué hablas? ¿No entendiste nada del chiste? Mira... —Ern se aprestó a repetirlo, mientras Sebastián comenzaba a reírse antes de tiempo.

Aún caminaron dos bocacalles más para cruzar el puente que conduce hasta el final de la alameda, antes de despedirse. Cuando llegó al apartamento Nathan estaba de verdad cansado; apenas se quitó los zapatos y la gabardina y, derrotado por la caminata y las copas, se dejó caer en la cama.

Sin embargo, lejos de hallar descanso en el sueño, Nathan despertó al rato, sudoroso y sobresaltado por una pesadilla difícil de concretar. Había soñado con el vagabundo, que corría tras él mientras profería gritos y reía, desdentado y grotesco... Nathan se incorporó, y se dirigió al baño para lavarse la cara, necesitaba despejarse; abrió el grifo y al mirarse en el espejo no pudo evitar un grito... Allí estaba él, era su cuerpo, sus brazos, su camisa... Pero no tenía cabeza. Podía mirarse, moverse, tocar, ver los muebles que tenía detrás, pero su cabeza no aparecía... Asustado, buscó en la habitación, debajo de la cama, en el armario ropero... No podía quitarse la imagen del vagabundo de la mente, oía su risa, sus burlas y, aunque no podía entender nada, ahí debía de estar la explicación, así que, rápido, se volvió a arreglar, y salió a la calle en busca del hombre aquel.

Llegó casi extenuado a la esquina donde vio al vagabundo la primera vez. Ahora se fijó bien en la placa oxidada de la pared en la que pudo leer: Callejón sin salida. Avanzó hacia el interior de la calle oscura,

pero ni rastro del vagabundo. A los costados, distinguió algunos bultos de gente entre cartones y desperdicios; un grupo de harapientos, en torno a un fuego, ni siquiera le prestó atención cuando pasó con cautela. Al llegar al muro del fondo del callejón, comprobó que no había final y que, a través de un pórtico de arcos, la calle aún se prolongaba. Nathan siguió el pasaje semicircular hasta dar con una explanada en ligera pendiente hacia el río... Le sorprendió el duro contraste de la ciudad con aquel insólito paraje, que nunca habría imaginado encontrar allí. Lo cierto es que durante los últimos años su mundo no había sido otro, sino aquel enjambre de edificios en la jungla de asfalto y ruidos. Desde la otra orilla, un pálido clarear le anunciaba que amanecía. No se equivocó. Sin embargo, algo no marchaba bien... El sol apareció de pronto y, veloz, se elevó a la altura del mediodía para, sin tregua, comenzar a descender en un precipitado ocaso sobre la muralla que rodeaba el otro extremo de la ciudad. Era como si un día entero hubiera pasado ante él, en un abrir y cerrar de ojos. Nathan estaba desorientado, presintió que tal vez fuera tarde y decidió regresar...

De vuelta, en el callejón, las chispas de la hoguera iluminaron la silueta del vagabundo que cruzaba arrastrando despacio los pies. Nathan no quiso desaprovechar aquel encuentro casual y se apresuró hacia él...

—¡Oye, tú!...

De un rincón, surgieron varios perros en respuesta a la voz, que husmearon sus pies, aunque ninguno ladró. Casi al mismo tiempo, los pordioseros que se calentaban junto a la fogata voltearon sus cabezas al unísono, inquisitivos, con el semblante adusto, serios. —...Oye, tú sabes, dime qué ha pasado con mi cabeza...

El vagabundo se había girado, ladeándose hacia él con una sonrisa hueca y, sin dejar de apuntar al cielo con su dedo encorvado, le respondió:

—Os creéis que podéis comprarlo todo, pero todo no se puede...

Entonces uno de los perros aulló, seguido por los ladridos del resto.

Los hombres de la fogata se dispersaron y, del suelo, se incorporaron algunos, que dormitaban entre los cartones. A Nathan le recorrió un escalofrío de miedo, deseaba dejar atrás aquella locura, y salió a toda prisa del callejón...

Cuando despertó en la cama de su apartamento aún llevaba puesta la gabardina. El teléfono sonaba con insistencia, tenía la impresión de haberlo estado escuchando sonar toda la noche, pero, antes de

responder, se dirigió de un salto al baño para mirarse en el espejo... Bien, era él, estaba entero. Ahora sí contestó. La voz de Ern sonaba enfadada del otro lado...

—¿Qué ha pasado, Nathan? Espero que tengas buenos motivos... Ayer te estuvimos llamando durante todo el día. Hemos estado esperándote para firmar, ¿se puede saber dónde te has metido...? —...No firmaré, no...

—...¿Sabes lo que estás diciendo? Has perdido la cabeza... ¡Estás acabado, Nathan! —el tono de Ern exudaba una incontenible agresividad.

—No voy a firmar, es una cabezonada...

Nathan colgó despacio el auricular, sin importarle la sarta de amenazas que crecían en avalancha desde el otro lado; se atusó el flequillo, sentado a los pies de la cama y, por un momento, pareció respirar aliviado:

—...Cosas mías... —murmuraba.

UNA COSA ANODINA

Me pareció vislumbrarlo en una de esas veces en que me volví, mientras esperaba. Sí, me estaba mirando... Allí enfrente, erguida, con aquel porte tan distinguido, resultaba elegante, casi atractiva. Me miraba ahora, atrevida y desafiante, envalentonada, como si su silencio quisiera provocarme... ¿A que no te atreves?

—¡Díos mío! —pensé—, voy a volverme loco. Justo lo que me hacía falta ahora, otro lío...

Pero ella insistía, y por encima del hombro echaba miradas de reojo que me iban consiguiendo poner más y más inquieto. Cuando cambió al gesto de indiferencia, me fijé en ella con detenimiento: era fina, de perfil recto y sobrio, estaba maciza...

—¡Díos mío, otra vez! —me asusté al descubrirme pensando en ella, justo cuando volvía a girarse hacia mí, esta vez, de frente.

De la sala contigua, por fin, salieron dos hombres trajeados. Uno era el Gerente, que apenas diez minutos antes me había entrevistado, el otro, un director de Recursos Humanos, según me explicó. Era la primera vez que nos presentaban, pero enseguida supe por el ademán que no habría otra. Sin embargo fue el Gerente larguirucho quien habló... — Después de deliberar sobre su expediente, señor, hemos optado por prescindir de sus servicios...

Seguí escuchando su discurso preelaborado en tono reiterativo y neutro, como el noticiero de las siete de la mañana, pero lo cierto es que ya no atendía sus palabras, casi que adivinaba lo que iba a escuchar. Tan sólo me fijé en ella, fría, ausente, con aquella postura distante, que no dejaba lugar sino a la más anodina indiferencia.

El Gerente continuó, tedioso, su breve monólogo, y me incorporé maquinalmente, mientras sonaban sus últimas palabras... —Ahí tiene la puerta...

Entonces la atravesé, contagiado de aquel descaro con que antes ella me enfrentó y, al pasar a su lado, la miré a sus ojos inertes, de madera vieja. De cerca no parecía tan imponente, pero siempre fui un caballero y, a pesar de la enconada situación, tampoco era el momento idóneo para perder las formas. El Gerente se agarró a su cintura, extenuado por el sermón y, juntos, expectantes, me observaron

mientras me alejaba pasillo adelante... Pero ya no miré atrás, estreché el pomo del ascensor al tiempo que con un pícaro guiño susurré... –
...¡El placer es mío!
Al fondo sonó un portazo seco.

FIN

EL AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. De profesión Documentalista clínico, cursó estudios universitarios de Letras y Humanidades y ha publicado “Escritos Para Vivir”, de poesía (1998), “Era un bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de narrativa.

Además de su obra poética, agrupada bajo el título de “Poemágenes”, ha colaborado en revistas literarias como “Narrativas”, “Arco”, “Letras” y “Amalgama”, entre otras.

*Y en 2017 quedó ganador del **Premio de Narración Breve** del Consejo Social de la Universidad de Cantabria.*

En la actualidad trabaja en una selección de relatos breves y en una novela, donde la prosa adquiere esa dimensión poética y emocional que le caracteriza.

El autor.

luistamargo@saludalia.com

* Colección “Son RELATOS”: (c) Luis Tamargo, 2006.-

SANTANDER

2006